

823
2.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PR 4572
A2
S6

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SINFONÍA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Día del mes y del año: el 13 de No-
viembre de 1835. Hora: las diez de la no-
che, que daban en el gran reloj de San
Pablo.

Al mismo tiempo, todas las iglesias de
la ciudad abren sus gargantas de bronce
y fuerzan la voz. Sin consideración al-
guna, varias de ellas han empezado a
doblar antes que la Catedral; otras no
van tan de prisa y llevan cuatro o seis
tañidos de retraso a la campana grande.
Sin embargo, todas se siguen lo bastante
de cerca para dejar juntas en el aire
una misma resonancia prolongada y que-
jumbrosa. Creyérase que el padre alado
que a sus hijos devora traza sobre la ciu-
dad una curva ruidosa con su guadaña
gigantesca.

¿Qué campana es esa, más triste y
sorda que las otras todas, y también más
próxima a nuestro oído?... Tanto atra-

saba aquella noche, que sus vibraciones persistían largo rato, después de extinguidos en el aire todos los demás sonidos. Era la campana de la Inclusa.

Antes recibían ahí sin investigación alguna los niños. Para ello, abríase y cerrábase discretamente un torno construido en el muro. Mas no sucede hoy así: se toman informes de los pobrecitos huéspedes y recíbeselos por favor, de manos de sus madres. Estas desdichadas han de renunciar a volver a verlos y hasta a reclamarlos, y para siempre.

Es noche de luna llena y de bastante agradable temperatura, aunque el día no ha sido bueno; el barro, consolidado con las lágrimas de la niebla, cubre de una capa negruzca las calles; por cierto que para librarse de su penetrante ataque, muy bien y sólidamente calzada debe de estar la dama que por allí pasea arriba y abajo.

Camina apartándose del lugar de los carruajes; se la ve detenerse de vez en cuando en la parte occidental de la gran tapia cuadrangular, con la faz vuelta hacia una puertecita excusada. Por cima de su cabeza, desplégase puro el cielo, iluminado por la luna brillante: a sus pies se extienden las manchas del suelo, y la imaginación de la dama hállase acosada por muy distintos pensamientos, algunos casi felices; crueles los otros.

No le habla el corazón el mismo lenguaje que la despiadada experiencia. Las huellas de sus pies al sucederse en los mismos sitios por aquel lodo negro, han conciuído por trazar en él un a modo de laberinto: ¿no sería éste la imagen de su vida, de los obstáculos por el azar levantados ante ella y del inextricable dédalo en que sus culpas la han encerrado?

Abrióse en esto la puerta excusada, y salió de la Inclusa una mujer joven.

La dama velada se mantuvo primero aparte, volviéndose toda ojos. Pero al ver cerrarse la puerta, empezó a seguir a la joven.

Así recorrieron dos calles en silencio. Al fin, la dama del velo tendió la mano a la mujer a quien seguía y la tocó. Esta paróse muy asustada y dió media vuelta.

—Ya me tocó usted anoche—dijo,—y, al volver la cabeza, negóse usted a hablarme. ¿Por qué me sigue como un fantasma?

—No me he negado a hablar a usted—balbució la señora.—Intenté hacerlo, mas no pude entonces...

—¿Qué me quiere usted?... ¿Le he causado algún daño?

—Nunca.

—No creo conocerla.

—No me conoce usted.

—¿En qué puedo, pues, servirla?

—En este papel hay dos guineas. Acepte mi pobre regalito y se lo diré.

La joven, que tenía el rostro más honrado del mundo, sonrojóse vivamente.

—Soy Sally—dijo.—En este gran establecimiento, al cual pertenezco, no hay niño ni persona mayor que no tenga siempre una palabra amable para Sally. No me hubieran tenido en tan buen concepto, si me creyeran capaz de venderme.

—¡Ay!—exclamó la dama.—No pienso comprarla a usted. Sólo quería ofrecerle una ligera recompensa.

Con tesón, pero sin aspereza, rechazó Sally la mano que le presentaba la ofrenda y dijo:

—Se equivoca usted al pensar que si algo puedo hacer en su obsequio, lo haré por dinero. ¿Qué es lo que desea?

—Usted es una de las guardianas o empleadas de la Inclusa... La vi salir ayer, y también hoy la veo.

—Soy Sally, señora; soy Sally.

—Su rostro presagia paciencia y dulzura; tengo la seguridad de que los niños se encariñan pronto con usted.

—¡Pobrecitos!... Así es, señora.

La dama se alzó el velo. Era casi tan joven como Sally. Pero tenía cara mucho más aristocrática y revelaba mucho más clara inteligencia; mas ¡cuán pálida y cansada estaba!

—Soy la desgraciada madre de un niño confiado a su cuidado—balbució la señora,—y quiero dirigir a usted una súplica...

Sally, enternecida entonces por la confianza que al retirarse el velo le había demostrado la pobre mujer, Sally, digo, cuyas acciones siempre eran sencillas y estaban siempre impregnadas de bondad, colocó otra vez el velo sobre aquella faz pálida y prorrumpió en llanto.

—Usted escuchará mi ruego—díjole la dama.—No será usted en modo alguno insensible a las angustias de una infortunada que la suplica...

—¡Oh, amiga... amiga querida!...—exclamó la buena de Sally.—¿Qué debo decirle? ¿Qué puedo hacer? No hable de súplicas, al menos... Nuestros ruegos no han de elevarse sino a nuestro Padre común... no se deben dirigir a una pobre mujer como yo. Además, voy a dejar la Inclusa; sólo me quedaré seis meses, hasta que otra joven se ponga al corriente de mi servicio y pueda reemplazarme. Voy a casarme, señora. No hubiera salido esta noche, si mi Dick—que es mi futuro—no se hallase enfermo. Voy a ayudar a su madre y su hermana a velarle esta noche. No se aflija usted tanto.

—¡Ah buena Sally!... ¡Sally querida!... Usted está llena de esperanza, mientras que a mis ojos tiempo ha que la esperan-

za ha desaparecido. Se le ofrece la vida apacible y bella; será usted una mujer respetada y seguramente, una madre orgullosa y tierna. Es usted mujer amante y viva... ¡Y yo tengo que morir!... Escúcheme, escúcheme, por favor.

—¡Dios mío!—exclamó Sally.—¿Qué debo, pues, hacer? Vea cómo emplea usted mis propias palabras contra mí. Le he dicho que estoy a punto de casarme, y se lo he dicho para que comprendiera que he de salir de esta casa y, por consiguiente, que no podré prestarle ayuda alguna. ¿Y quiere usted ahora persuadirme de que hago mal en casarme y de que soy cruel por negarme a servir! Eso no está bien... Vamos, ¿le parece a usted bien, señora?

—Sally, mi buena Sally, no le pido que me ayude en lo por venir; no, en lo por venir, no. Mi ruego sólo se refiere a lo pasado: no espero más que dos palabras de usted.

—¡Ya!—exclamó Sally;—la cosa va de mal en peor. Si no comprendiera yo cuáles son esas dos palabras que usted desea saber...

—Las comprende, Sally. ¿Cuáles son los nombres que se han dado a mi pobre niño?... ¿Qué nombres son esos? No le pregunto más; he leído el reglamento de la casa. El niño ha sido bautizado en la capilla e inscrito en el registro mayor.

Era el lunes por la noche... ¿Cómo le han llamado?

La señora se postró de rodillas ante Sally—de rodillas en el espeso fango de aquella calleja desierta y sin salida que conducía a los jardines de la Inclusa; y hasta se hubiera echado a rodar por el suelo, en la vehemencia y locura de su desesperación, de no haberla levantado la buena Sally.

—¡Oh! ¡No!... ¡No!—exclamó la amable joven,—me hace usted entrar en ganas de efectuar una buena acción. Déjeme seguir mirando su lindo rostro; ponga las manos entre las mías... Júreme no preguntarme más que esas dos palabras.

—Nunca... jamás le preguntaré otra cosa.

—¿Y no hará usted mal uso de esos nombres, si se los digo? ¿No hará usted que esa revelación se vuelva contra mí?

—¡Nunca!... ¡Nunca!...

—Walter Wilding.

La dama posó la cabeza en el seno de la joven; tuvo a esta última un momento abrazada y murmuró una bendición ferviente.

—¡Déle de mi parte un beso!—le dijo. Y desapareció.

... ..

... ..

Día del mes y del año: el primer do-

mingo de Octubre de 1847. Hora de Londres: la una y media de la tarde en el gran reloj de San Pablo.

Hoy, el reloj de la Inclusa anda en punto con la Catedral. Los oficios de la capilla han terminado y los expósitos están comiendo.

A esa comida asiste, como siempre, mucha gente: dos o tres directores, familias enteras de parroquianos y algunos curiosos. Suave sol de otoño penetra en el comedor. Esos ventanales, esas paredes oscuras adonde van como jugando los rayos del sol, cosas son de las que Hogarth gustaba de representar en sus cuadros.

El refectorio de las niñas (la sección de las niñas comprende también los párvulos) es lo que atrae principalmente la atención de la concurrencia. Criados de rara limpieza se deslizan en derredor de las mesas silenciosas. Los curiosos van y vienen a su antojo y hacen quedamente entre ellos más de un comentario sobre la cara del número que está allí, junto a la ventana. Y es que muchas de aquellas fisonomías expansivas tienen un carácter digno de fijar la atención. Entre los asistentes, hay visitantes familiares que conocen a los huéspedes del lugar. Se les ve pararse en un puesto determinado, inclinarse y decir algo al oído a uno de los niños. No es murmurar el

decir de paso que se dirigen principalmente a los que tienen rostro bonito... Todo el mundo circula, cuchichea, se anima, y esto rompe un poco la monotonía de esas largas salas morosas.

Una señora velada, a quien nadie acompaña, adelántase en medio de la multitud. Al verla, no cabe duda de que viene por primera vez a la Inclusa. Probablemente ni la ocasión ni la curiosidad la habrían llevado nunca a tan triste mansión, y el espectáculo parece turbarla algo. Da la vuelta a las mesas, con paso incierto y temblorosa actitud. Buscando su camino, que a nadie quiere preguntarlo, anda y llega al refectorio de los niños pequeños. ¡Pobrecitos! son menos solicitados que las niñas; no hay visitas en torno suyo: los ojos húmedos de la dama velada se sumergen en el comedor.

Casualmente, en el umbral de la puerta había una empleada de cierta edad, respetable matrona, ama de llaves, útil para todo. A ella se llega la dama y le pregunta:

—¿Tiene usted aquí muchos niños?... ¿A qué edad los sacan de aquí?... ¿Se aficionan con frecuencia al mar?

Y, con voz apagada, añade:

—¿Sabe usted cuál es Walter Wilding?

La matrona notó la ardiente llama con que los ojos de la extraña se fijaban en

los suyos, a través del tupido velo. Por esto bajó la cabeza, sin atreverse a mirarla a su vez.

—Sé quién es Walter Wilding—respondió;—pero mi deber me prohíbe dar a conocer a las visitas el nombre de los niños.

—¿Y no puede usted enseñármelo sin decirme nada?—preguntó la dama velada, al tiempo que su mano buscaba la de la mujer y la estrechaba con toda su fuerza.

—Voy a pasar alrededor de las mesas—dijo en voz muy baja la matrona, sin parecer hablar a la visitante.—Sígame con la vista. El niño junto al cual me detenga y a quien hablaré ahora mismo, será para usted un extraño, como todos los demás; pero el que toque yo al pasar, ése será Walter Wilding. No me diga usted nada más y váyase.

La dama del velo obedeció y adelantó unos pasos en el comedor, clavando los ojos en la matrona.

Esta, con aspecto oficial y grave, camina fuera de las mesas, empezando por la izquierda. Sigue toda la línea, da la vuelta y torna dentro de las filas y, echando una mirada furtiva a la señora velada, párase al lado de un niño, se agacha y le habla. El niño levanta la cabeza y responde. Ella le escucha con naturalidad, sonriendo, y al mismo tiempo posa

la mano en el hombro del niño sentado a la derecha. En tanto que continúa hablando con el otro, acaricia al segundo sin decirle nada; luego acaba de dar la vuelta a lo largo de las mesas, sin tocar a ningún otro niño y sale del comedor.

Ya ha concluido la comida. La dama velada se acerca a su vez por el camino indicado, fuera de las mesas, comenzando por la izquierda. Sigue la larga hilera exterior, torna y vuelve sobre sus pasos. Afortunadamente para ella, acaban de entrar por casualidad y sin objeto alguno otras personas. La señora no se ve ya sola en la pieza y, menos alarmada, álzase otra vez el velo y deteniéndose ante el niño a quien había tocado la matrona, le dice:

—¿Qué edad tienes?

—Doce años, señora—responde sorprendido el chico, alzando hacia ella sus hermosos ojazos.

—¿Estás contento? ¿Eres feliz?

—Sí, señora.

—¿Puedes aceptar estos bombones?

—Si usted tiene a bien dármelos...

La dama se inclina para entregárselos y roza con la frente y los cabellos la cara del niño. Al punto, bajándose de nuevo el velo, prosigue su camino.

Pasa muy de prisa y se marcha sin mirar atrás.